

ELLA



ESTA

TAMSIN GREY

Jonah y Raff se despiertan un lunes cualquiera, pero su madre Lucy ya no está en casa. Aunque tiene solo 9 años, Jonah sabe lo suficiente de la vida para mantener su ausencia en secreto.

Si alguien se entera que los ha dejado solos: ¿quién sabe lo que les puede pasar a su hermano pequeño y a él? Mientras los días pasan, irá encajando las diferentes pistas que dejó detrás: ¿quién envió flores a Lucy? ¿Por qué está su teléfono en una maceta? ¿Por qué todos sus zapatos siguen en el armario? ¿Y quién en el vecindario puede saber más de Lucy que él mismo?

En memoria del artista Michael Kidner RA 1917-
2009

Julio 2018

1

La invitación de Dora Martin le provocó a Jonah un vuelco en la tripa, como una criatura que se despierta en lo profundo de un pozo.

—¿Es obligatorio ir? —preguntó, sabiendo que sí era obligatorio.

El viaje a Londres para ver a los Martin se había convertido en una tradición del mes de julio. Apartó su tazón de cereales al recordar la reunión del año anterior: los abrazos y las exclamaciones de bienvenida; la discusión, larga y pesada, sobre política; y, después, la vigilia en el jardín de atrás, con el espantapájaros, los móviles de viento y los conejos.

Al llegar el día, un viernes sofocante, resultó que todo el mundo iba a casa de Frank para nadar después del colegio. Jonah esperó hasta después del ensayo con la banda para decirle a su amigo que no podría ir.

—Qué mal —respondió Frank con el ceño fruncido mientras guardaba la guitarra en su funda. En la sala de ensayos hacía fresco, las cortinas estaban echadas para protegerse del sol. Como Jonah tenía la mano mal, utilizaba un arnés para ayudarse a sostener su trompeta. Frank le vio quitárselo—. ¡Viene Lola!

La sonrisa astuta de su amigo le hizo sonrojarse. Se dio la vuelta y vio al señor Melvin cruzar la habitación, abrir la puerta y salir hacia la luz cegadora.

—Además, ¿quiénes son los Martin? —preguntó Frank.

–Los conocimos cuando vivíamos en Londres. Dora y mi madre eran muy amigas. –Las cortinas se agitaron con una súbita ráfaga de viento y Jonah recordó las sábanas agitándose en la cuerda de tender de los Martin, el ruido creciente de los móviles de viento y a Dora, espatarrada en su tumbona, con los pies metidos en un cubo de agua.

–Vamos, chicos. –Los demás miembros de la banda habían desaparecido y el señor Melvin estaba esperando para cerrar la puerta con llave. Jonah guardó su instrumento en la funda.

–Escaquéate. Di que estás enfermo. –Frank cerró la cremallera de la funda de su guitarra y frunció de nuevo el ceño.

–Es que no puedo, en serio. –Jonah puso cara de arrepentimiento, pero su amigo ya no le miraba—. Es una especie de... aniversario. Preparan pollo asado.

–¿Pollo asado? Qué mal. Pero si hace como treinta grados. –Frank se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

–Era nuestra comida favorita. Bueno, más bien la de mi hermano –explicó, pero más para sí mismo, porque Frank se agachó por debajo del brazo del señor Melvin para salir—. Pollo asado y patatas asadas. –De pronto se acordó de Raff, que tenía seis años, devorando un muslo de pollo.

2

Habían acordado que Jonah podría ir a casa de los Martin directamente desde el colegio en vez de tener que volver andando hasta su casa para ir con los demás en el coche. La idea del viaje le emocionaba. Nunca había viajado él solo a Londres. En el tren, colocó la mochila y la funda de la trompeta en el compartimento de equipajes, se quitó la cazadora y se despatarró ocupando dos asientos, para disfrutar de su independencia a lo grande. Habían estado tocando una mezcla de *Summertime* y *Motherless child* en el ensayo de la banda, y las melodías entrelazadas sonaban en su cabeza mientras contemplaba las nubes lentas a través del cristal veloz. *Cumulus humilis*. Se había obsesionado con las nubes aquel verano, se había aprendido todos sus nombres. Vio las sábanas blancas alzándose de nuevo, las enormes gafas de sol de Dora, su vestido amarillo, el vello desgredado de sus axilas.

Dora Martin. Una artista bastante famosa últimamente. Había escrito la invitación, con su elegante letra cursiva, sobre una postal en la que aparecía uno de sus cuadros: *Ya ha llegado el momento otra vez y estoy deseando que lo pasemos juntos*. Advirtió que la criatura –una especie de densidad emocional cautiva– se despertaba de nuevo, así que cambió de postura y apoyó la cabeza en su brazo doblado. Estaría bien ver a Emerald, que había sido compañera suya de clase y le pondría al día sobre Harold y el resto de los chicos de Haredale. *Sometimes I feel like I'm*

almost gone. Cerró los ojos y dejó que aquella melodía somnolienta y triste se mezclara con el ritmo del tren.

Soñó que volaba muy por encima de Londres, entre las nubes frías y silenciosas, contemplando la ciudad resplandeciente. *You were our home*. Sintió un vuelco de esperanza y se dejó caer, buscando alguna señal de bienvenida, pero las grúas se levantaron y se agitaron, como catapultas, el río brillaba como una tira de papel de aluminio y, hacia el oeste, una columna de humo se elevaba desde una franja ennegrecida. Se lanzó como Superman, rodeando sus antiguos lugares habituales: el Cheese Grater, el Shard, el Knuckleduster. Más hacia abajo, entre las chimeneas, a través de la mugre de los siglos, y después hacia el este, por arterias y venas. Ahora la calle principal, su calle principal: La Casa del Pollo, Uñas de Hollywood, Compramos Oro. Subiendo a la izquierda por Wanless Road, por debajo del puente, el taller mecánico, y ese olor del almacén. Al caer al suelo, volvió a ser un niño de nueve años: pies descalzos sobre la acera caliente, unos dedos que se arrastran por la valla. Enfrente, las cuatro tiendas, dormidas, con el cierre echado. Y en la equina, allí estaba, su casa, tan familiar, pero ya olvidada. Había alguien mirando a través de la ventana de la sala de estar, alguien esperándolo. ¿Mayo?

El tren entró en un cañón urbano, las ondas sonoras rebotaban entre el hormigón y el cristal. Se incorporó, se secó la baba de la barbilla y apoyó la frente en la ventanilla. Los edificios altos habían quedado lejos y las nubes estaban altísimas. Cumulonimbos. De pronto se acordó del póster de las nubes, pegado con masilla a la pared del dormitorio que compartía con Raff, y el sueño le vino otra vez a la mente: el vapor frío, el silencio inquietante, la caída mareante por el cielo; y su antigua casa, ahí mismo, tan descuidada, hasta el más mínimo detalle. No la había visto desde que se fueron, nunca pasaban por allí con el coche; pero ahora se daba cuenta de que podría ir a echarle un

vistazo en su camino desde la parada del autobús hasta casa de los Martin. Daría un pequeño rodeo para poder retroceder cinco años en el tiempo. Otra vez ese movimiento; la criatura, sin palabras y sin aliento, como una cría de foca ciega, mientras oía la voz de su hermano Raff, alta y clara, a través de los años. «Necesitamos una máquina del tiempo». Los dos juntos, en aquella cocina desordenada, tratando de decidir qué tenían que hacer. Con las manos en la tripa, advirtió su propio reflejo en el cristal, sus dos ojos fundidos en uno solo. Entonces el tren pasó por encima del puente y se quedó sin respiración. El río de un millón de años, marrón y brillante, lleno de barcos, y las torres, como androides gigantes, oteando el futuro con su mirada vidriosa.

3

El taller mecánico estaba en silencio, con el candado echado en la verja, pero seguía existiendo ese mismo olorcillo a cebolla que salía del almacén. El mismo clima, por supuesto, y la criatura empezó a moverse de nuevo. Era curioso; cuando estaba dormida –casi siempre lo estaba últimamente–, se olvidaba de que estaba allí, de que alguna vez hubiera existido. Se detuvo en la curva de Wanless Road, dejó en el suelo la funda de la trompeta y se secó las palmas de las manos en los pantalones. Su casa seguía oculta a la vista, pero vio, al otro lado de la calle, las cuatro tiendas. Los ultramarinos, la casa de apuestas, el picadero y el sitio de los kebabs. El sitio de los kebabs y la casa de apuestas tenían las persianas bajadas, y los ultramarinos estaban tapiados con tablones, pero el picadero, en apariencia una peluquería, parecía estar abierto.

«¿Por qué se llama picadero, Mayo?».

«Por todos los clientes que van a ver a Leonie».

«Pero ellos no llevan caballo, Mayo. Así que debería llamarse de otra forma».

Ella se había reído y le había dado un beso, y él se había llenado de orgullo. Le encantaba hacerla reír. Allí de pie, contemplando la tienda de Leonie, se daba cuenta de que aquel recuerdo le había provocado la misma sonrisa en su cara de chaval de catorce años. Recordó que acostumbraba a hablar con ella en su cabeza cuando no esta-

ban juntos; le contaba chistes y veía su cara al reírse. Recogió la funda de la trompeta y siguió caminando.

Después de cinco años, había allí muchas cosas en las que fijarse. Para empezar, había un nuevo edificio donde antes estaba la Casa Rota. Estaba rodeado de andamios y no tenía ventanas, solo los huecos vacíos para que después las instalasen. Frente a él, una nueva verja, más alta y sólida que la anterior, con carteles de *No pasar*. Un pequeño hueco y, después, la casa de la esquina entre Wanless Road y Southway Street, al final de la hilera de casas de Southway Street; era una casa curiosa en forma de cuña, que antes había sido una tienda y había sufrido muchas transformaciones. Su casa.

Salvo que ya no era su casa. Se quedó mirándola con los ojos vidriosos. La misma forma y el mismo tamaño, pero la habían limpiado y embellecido, con paredes azul claro y jardineras llenas de lavanda.

«Eres un idiota, un estúpido», pensó mientras se frotaba los ojos con la manga. La casa se había vendido muy deprisa, mientras él seguía en el hospital. Hacía cinco años que era la casa de otra persona. Dobló la esquina hacia Southway Street y contempló la puerta de la entrada, nueva y reluciente; le dieron ganas de arrodillarse y asomarse por la rendija del correo. En su lugar, se dio la vuelta y miró hacia Wanless Road, hacia los pisos donde antes vivía su amigo Harold y donde Raff y él habían tenido el encontronazo con aquellos chicos mayores. Después volvió a mirar en dirección a donde había venido. Las pasionarias habían sobrevivido, con sus caras mustias y estridentes colgando por encima de la verja.

«Se parecen a la Yaya Mala». Era la voz de Raff con seis años. Dio un paso hacia delante y examinó una de las flores con atención. La pasiflora, una planta de América del Sur llamada así por la pasión de Jesucristo. Tocó la corona de espinas, pero con mucha suavidad.

—¿Jonah? —Una voz de verdad, estridente y familiar, sonó en su cabeza. Otra vez Raff: «¡Corramos!». Se preparó y se dio la vuelta. La mujer tenía la cabeza asomada a la puerta. La saludó y ella salió a la calle como un pavo real en horas bajas.

—¡Hola, Leonie!

—¡Jonah! ¡Sabía que eras tú! ¡Pat, mira quién ha venido! —Volvió a asomarse al interior de su local y después se giró y le hizo un gesto para que se acercara. Él cruzó la calle y se detuvo dejando cierta distancia entre ellos, pero Leonie se acercó, lo agarró por los codos y sus ojos saltones se quedaron mirándolo con la franqueza de un niño. Jonah trató de contener el viejo impulso de levantar su mano buena para ocultar la cicatriz e intentó devolverle la mirada. «Mujerona», solía llamarla Raff, porque tenía un cuerpo enorme de levantador de pesas y resultaba imponente. Ahora, en cambio, solo le llegaba por la barbilla. Sin embargo, seguía igual de musculosa; y con los mismos pechos, que intentaban escapar de su corpiño de satén azul. Se apresuró a volver a mirarla a la cara.

—Hola, Leonie —repitió, consciente de la incomodidad de su sonrisa.

—Se te ha curado bien. —El olor fuerte de su aliento. El mismo peinado, con cuentas en las trenzas, aunque con menos trenzas ahora, entrelazadas con hilos plateados. Las mismas uñas de plástico con lentejuelas; le pasó una de ellas por la cicatriz—. Te da personalidad. Y mira lo bien que has crecido. ¿Cuánto tiempo hace? Debe de hacer por lo menos cuatro o cinco años.

—Cinco.

Ella asintió.

—Eso me parecía. —Se quedó mirando su antigua casa—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Es la primera vez que vienes desde entonces?

—Sí. Quiero decir que he venido más veces, a visitar a amigos, pero no aquí... —Nunca habían pasado por allí

con el coche; siempre se quedaban en la carretera principal y giraban a la altura del parque.

–¡Pat! –Volvió a gritar Leonie en dirección a la tienda, con la mano apoyada en la puerta–. No me oye. ¿Has venido solo? ¿Y tu familia?

–Me reuniré con ellos en casa de nuestros amigos. He venido en tren y ellos vienen en coche.

–¡Pat! Dónde narices se habrá metido esa idiota. –Abrió la puerta del todo con el hombro–. Será mejor que entres.

Él miró el reloj y volvió a oír la voz de Raff a través del tiempo. «¡Ni hablar! ¡Es la MUJERONA y sus caramelos están RANCIOS!».

–Solo cinco minutos. Tómate algo fresquito. Si no llega a verte, me llevaré un gran disgusto. –Le hizo pasar y allí estaba, la misma sala alargada llena de espejos y el zumbido de los ventiladores eléctricos. Como si fuera su propio fantasma, la siguió y vio las tres sillas de peluquería y la vieja secadora de pelo; y el escritorio, con el teléfono y la caja de pañuelos. La cortina de cuentas en el umbral de la puerta, el sofá blanco y mullido, los caramelos en un cuenco y –una excitación vergonzosa, el codo de Raff en sus costillas– *las revistas*.

–Cómete un caramelo.

«¡RANCIOS!».

–No me apetece, gracias.

Leonie volvió a dejar el cuenco y se quitó los zapatos.

–¡Pat! –Caminó hasta la cortina de cuentas y sus pies grandes y planos dejaron marcas de humedad sobre las baldosas–. Se está quedando sorda. No paro de decírselo, pero no me hace caso. Será mejor que te sientes.

Los ventiladores zumbaban y zumbaban. Las huellas del suelo se evaporaron y las cuentas de la cortina de la puerta se quedaron quietas. Encima de la puerta, a través de un pequeño monitor, se veía el patio lleno de basura donde los clientes de Leonie esperaban para entrar. Se la

imaginó de pronto desnudándose, dejando caer al suelo su vestido de satén azul. Se estremeció y trató de pensar en otra cosa. Se sentó en el sofá, que estaba tan mullido y blando como siempre, pero ahora ya era lo suficientemente alto como para llegar a tocar el suelo con los pies. «Las revistas. Oh, no». Se inclinó hacia delante al recordar el entusiasmo y la sorpresa de Raff. La de arriba del todo parecía bastante decente —una de esas guías de televisión—, pero la que había debajo... Se quedó mirándola un momento y después volvió a poner encima la guía de la tele. De pronto se sintió muy incómodo y miró hacia la puerta. Sería muy grosero por su parte salir por piernas. Se recostó en el sofá, cerró los ojos y se dejó acariciar por aquella brisa eléctrica.

—El pequeño era el que miraba. Este siempre fue un poco retraído. —Pat, la pequeña y delgada Pat, con su pelo rizado y su cara de zorro; llevaba una jarra y unos vasos de plástico—. Con el mundo sobre sus hombros. —Dejó el refresco y los vasos y se sentó junto a él en el sofá—. Parece que la vida le trata mejor ahora. —Le agarró la solapa de la cazadora y contempló el escudo de armas que llevaba en el bolsillo de la pechera—. Muy bien, puntadas de verdad... nada de pegatinas de esas.

—Colegio privado. —Leonie se sentó en la silla que había junto al escritorio y entrelazó las manos sobre su tripa—. A tu familia entonces le va bien.

Jonah abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Explicar lo de la beca sería como alardear.

—¿Un refresco? —Pat alcanzó la jarra.

—No me apetece, gracias.

Pat miró a Leonie.

—Debe de tener sed en un día como este.

Leonie se encogió de hombros.

—Quizá no le guste el refresco. Quizá sea demasiado dulce para él.

—¿Y su mano?

Leonie se encogió de hombros otra vez.

–¿Por qué me preguntas a mí?

Jonah se sacó la mano mala del bolsillo y se la mostró.

–Es la derecha, ¿verdad? –Pat se la agarró y Leonie se acercó a mirar–. ¿Eres diestro?

–Sí, pero no importa. Puedo hacer casi de todo. –Agitó el pulgar y el otro dedo que le quedaba.

–Espero que no se metan contigo. –Pat le dejó la mano sobre el regazo–. ¿Sabes tus amigos del colegio lo valiente que fuiste al intentar salvar a tu hermano pequeño?

–No quiere hablar de eso –intervino Leonie, y Pat se llevó la mano a la boca, avergonzada.

–No importa –dijo Jonah, y señaló la funda con la cabeza–. El caso es que toco la trompeta.

–¡La trompeta! –Pat alcanzó la funda y se la colocó en el regazo. La abrió y la trompeta apareció reluciente en su cama de piel azul oscuro–. ¡Toca para nosotras!

Jonah vaciló.

–No sé si...

–¡Solo una canción rapidita! ¿O necesitas beber algo antes? ¿Le traigo un vaso de agua? –Pat volvió a mirar a Leonie.

–Es que me esperan en casa de los Martin.

–Los Martin. Me acuerdo de ellos. –Leonie asintió con la cabeza–. Con la niña pequeña. Tenía tu misma edad. Coletas rubias a cada lado. ¿Así que aún viven por aquí? Nunca pasan por esta zona. Y, si pasan, yo nunca los veo.

–Su madre estaba enferma –respondió Pat–. Debe de haber muerto ya.

–No. Está mejor –aclaró Jonah.

–¿Mejor? Oí que había muerto. –Leonie parecía confusa.

–Dora está bien. Vamos... vamos a cenar pollo asado.

–Hace un poco de calor para comer pollo asado –comentó Pat–. En un día como este, mejor con una ensalada.